

Crónicas del desmundo I

ROBERTO BAÑUELAS

Se convoca y exhorta a los ciudadanos honrados y patriotas a ceder un día de su salario para pagar las deudas, públicas y externa, que tuvieron su origen en la multiplicación de las grandes cuentas privadas.

En la guerra, para matar o para no morir, el hombre desarrolla y perfecciona su ferocidad; en la paz, sin necesidad de ejércitos mercenarios, la guerra continúa con el odio, la pobreza y la envidia.

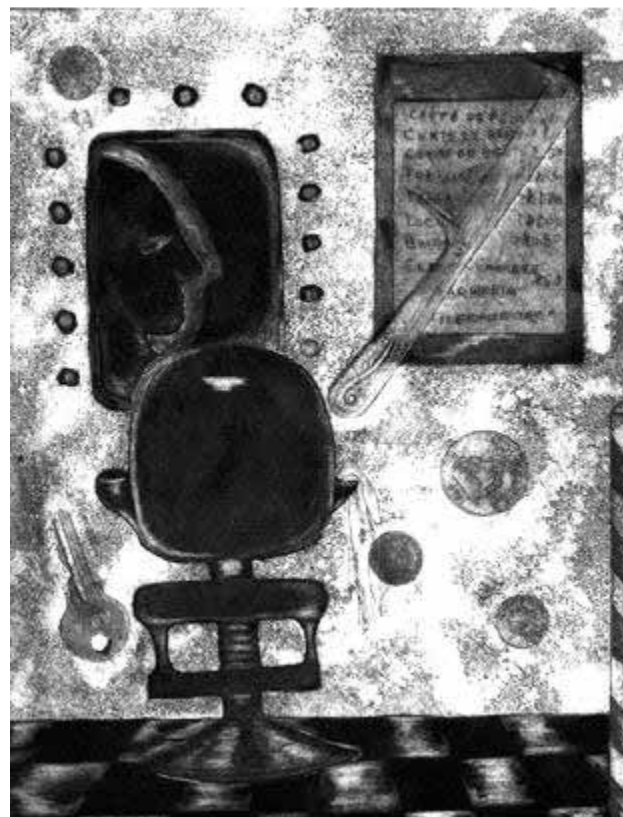
La casa de campo, abandonada desde que murió su dueño, (otro fanático de la soledad), se ha cubierto en el exterior de plantas trepadoras que semejan manos crispadas contra los muros. Adentro, en la penumbra densa, el silencio y el olvido sostienen diálogos interminables y sin ningún acuerdo.

Dos mendigos que coinciden al tocar la puerta y no tener respuesta, deciden penetrar y convivir con los fantasmas pensionados.

Ahora, convertida en monumento, bajo la falda de arcilla de la mujer fecunda, florecieron los hijos que, desde que estaban creciendo, la hicieron infeliz y la avejentaron antes de tiempo. Una vez al año, porque así lo determina una perversa tradición, la feste-

jan y celebran. Al día siguiente, a pesar de los juramentos y los hipos, comienza el olvido de la propia madre y las maldiciones para otras madres de otros hijos.

La multitud, más que marchar hacia un objetivo o a una meta concreta, se atropella y camina a contra-



Victor Mora

flujo, sin que falten los obesos y los ancianos que trotan, jadean, bufan y expelen bacterias nadadoras del sudor. Los jóvenes, impacientes y de mirada torva, esperan su turno en la reproducción que generará otra multitud.

La clase dominante está condenada al hartazgo, al egoísmo y a la crueldad. La verdadera y plena felicidad no existe para nadie.

La sed de justicia y la de tomar otro café o beber otra copa de vino eran equiparables y causantes de provocar otra reunión en la que discutíamos y bebíamos. Afuera del café o de la taberna, con la misma abulia social, el mundo seguía su marcha al encuentro de otro desencanto clonado. Por la noche, mientras las prostitutas hacían pacto con la escasa luz de los faroles, los gatos se adueñaban de las azoteas para no tener enfrentamientos peligrosos con los perros, siempre en desventaja con el hambre puntual.

Otra vez, en la fotografía de grupo, se veía el desencanto existencial de intelectuales que, cuando hablaban, disertaban y exponían sus propias teorías o la interpretación de las ajenas, parecía que todo lo sabían y que no existían los tropiezos para la mítica felicidad y la redención de las masas engañadas.

Conócete a ti mismo y, con los que desconocen, organiza un partido que te elija como candidato para llegar a ser dictador vitalicio.

A esa pequeña ciudad no había llegado el progreso ni los grandes edificios, pero Dios y la ley seguían vigentes.

El fantasma más terrible y desquiciante era el de un niño, desnudo y sentado a mitad de la calle, tan grande como un edificio que, para expresarse, lo hacía con el idioma universal del llanto.

El sofá copia las formas cansadas de los sedentes que esperan turno con el médico de prestigio que confirmará, con el aumento de la consulta y del costo de los drogadimentos, lo mal que está cada (im) paciente. La vida se consume con más frecuencia en la lucha

contra la enfermedad o la muerte que en el encuentro con el placer o el fantasma de la felicidad.

Ante la imposibilidad y la pereza para construir réplicas de murallas parecidas a la de China, las razas amontonan injusticia, éxodos, hambre, guerras y cadáveres.

El palacio era tan inmenso que, en lugar de corredores y pasillos, tenía calles por donde circulaban los cortejos de sirvientes, sacerdotes, jurisperitos, militares, azafatas, cortesanos, mozos de horario fijo, e intrigantes de tiempo completo que hacían del insomnio un compromiso indeclinable.

Todo el conocimiento de doctrinas y teorías sociales, la interpretación histórica que da por conclusión la derrota humana, incluyendo la celebración de las victorias y las patrias que se transfiguran en los mapas de cada siglo, el poeta, desilusionado por haber creído amar tanto a una humanidad lejana y compleja, concentra el día de hoy todas sus fuerzas y esperanzas en el encuentro con una mujer enamorada que tiene la edad de su hija mayor y la pasión de su ex esposa.

Sólo los militares de alto rango, desde la seguridad de sus refugios, pueden sentir amor por la guerra y por la disminución de seres humanos que, todavía ayer, creían llegar a morir por la patria y no para defender el poder económico de quienes los explotan en la paz y los utilizan en los conflictos como carne de cañón.

Cuando el dramaturgo quiso escribir una obra que reflejara las contradicciones de una sociedad atrapada en el hartazgo y en los prejuicios que le dan sentido al vacío espiritual de su vida repetitiva, el fantasma de un payaso se colocó a la espalda de su cerebro y le dictó las más refinadas burlas y definiciones hasta conformar el libro de la verdad y de la risa.

Sólo los más fuertes y aptos que lograban vivir y dar vida bajo tierra, podían superar la resequeidad envenenada de lo que había sido un bosque pletórico



Lourdes Domínguez

de flora y fauna en su diversidad de autosuficiencia donde se comían los unos a los otros.

Hace una semana le fueron entregados, en duelo de oradores que siempre lo han combatido, la medalla y el diploma de reconocimiento a su telúrica obra poética que ha venido a revelar otra dimensión del ser y la esencia entre el sueño y la angustia del hombre y su sentimiento ante la indiferencia del cosmos.

La ciudad, acostumbrada al vuelo de los pájaros sobrevivientes de la contaminación, casi padece un ataque de locura al ver un dirigible que flota y penetra el aire en dirección a las torres de los templos circunvecinos que tardan un siglo en ser construidos.

El solitario camina y orienta su angustia en algún punto lejano que constituye un fragmento fortuito de su destino. Pero la multitud, en las calles principales de la gran ciudad, flota en dos masas que se desplazan en sentido contrario sin que nadie sepa quién va y a dónde...

La curvatura de los sueños poéticos es una antagónica alucinada contra la obstinación geométrica del conformismo.

□ No preguntéis si es poeta: disparad igual.

La aldea, envuelta en el gris de la tarde otoñal, comienza por abrir los ojos iluminados de algunas ventanas. Dos muchachas, bajando por la calle ancha, se toman del brazo y ríen de algo que da un poco de nueva luz a la vida.

Esa gran masa que forma parte de la sociedad ilustrada es, como complemento condenatorio, esencialmente inhumana.

La rueda de la vida gira en todos los escenarios y traza los mil y un caminos de los avatares del alma humana.

Frente a la pequeña fuente con insistente surtidor de un niño que orina día y noche, la solterona une en efímero matrimonio su reseca virginidad con el frescor de la tarde. ■